

ALGUNA vez, sintiéndome atormentado por el remordimiento de haber vivido ya cerca de una mitad de siglo, se me antoja la idea de ensartar una serie de pequeñas biografías de mis difuntos: de aquellas personas que he conocido, quizás amado, y que pasaron por mi vida.

Pocos, aparte de algunos familiares, se presentan tan claramente ante la pantalla de los recuerdos como el espectro de un hombre cabal, al que sus coterráneos mezquinos, incapaces de comprender su genio, proclamaron por loco: me refiero a un pobre diablo ampurdanés al que todos llamaban, porque lo había sido, «el Sabater d'Ordis».

No necesito, para evocar su imagen, los consabidos recursos del espiritismo: era un hombre de mediana estatura, más bien enjuto, canoso. Llamaba la atención por la naturalidad de sus modales, ni altaneros ni serviles. Iba, venía, con su caña verde en la mano. Se sentaba en las gradas del monumento a Monturiol, al pie de la Rambla de Figueras. Dialogaba, sin irritarse nunca, con los niños, que le traían pan, su básico, único, elemental alimento. Era, entre ellos, un niño más, manso y humilde de corazón, sujeto evangélico de todas las bienaventuranzas. Arrastraba por la comarca alguna antigua pena, que le hizo abandonar su pequeño villorrio y su oficio de artesanía, porque es fama que antes compuso hermosos pares, aunque para mí sospecho nunca pasó de remendón.

Empero en la época en que le conocí y tuve el honor de tratarle, sus ojos estaban ya limpios, serenados por un posible llanto, mudo como el rocío bajo esas estrellas que había aprendido a conocer, algunas por su nombre, en su merodeo por los caminos.

Aquella Rambla de Figueras era su centro, su gabinete de trabajo, algo así como el laboratorio de su simpatía. Porque, el «Sabater d'Ordis» vivía, nada menos y nada más, que de su noble, estoica y bien llevada simpatía. Despreciaba el dinero, porque no lo necesitaba. El cariño de las gentes a las cuales divertía constituía la única base cierta de su previsión y seguridad. Prefirió a ser rico aquella otra categoría superior, que sólo los sabios pretenden alcanzar, y que Francisco Pujols preconizara un día: «tenir-ho tot pagat». El Zapatero, desde el día que salió de su casa y abandonó el trabajo en busca de la minúscula aventura de la vida cotidiana, no pagó alquiler y tuvo para dormir los portales de las plazas y los arcos de los puentes y en invierno el calor de los pesebres. Entraba y salía de todas las casas de payés, en una comarca más que medianamente poblada. El vino, del que abusaba muy comedidamente, era para él una libación de tipo sacerdotal. Su clientela fué tan extensa que nunca cansó a nadie. Comía, bebía, fumaba, dormía. ¿Para qué el dinero? El Zapatero andaba por el mundo como un iluminado, que tiene una misión a cumplir. Su fuerza radicaba en la diaphanidad de unos ojos límpidos, azulados. Su atributo era la caña que en sus manos nerviosas quebraba el aire. Su misión inequívoca, grandiosa, trascendente, era, ni más ni menos, que la de director de orquesta de La Tramontana.

Cierto que le gustó dirigir otras melodías menos graves: uno de sus mayores en-

EXEGESIS DE "EL SABATER D'ORDIS"

cantos era verle dialogar, o mejor dicho, discutir con los loros, con los que no tenía manera de entenderse. Y demostrando sus eficientes dotes de maestro concertador, supo colocarse delante de los manubrios, que imantados por el magnetismo de su caña, adquirirían de pronto sonoridades insospechadas. Tanto fué su éxito, integrando el equipo con «El Poll» i la «Puça», un matrimonio transhumante, que el espectáculo llegó a ser tan esperado y normal en la pequeña ciudad ampurdanesa, como en la villa y corte el relevo de la guardia.

Teníamos ya, los devotos de su rito grandioso, casi sagrado, la gran orquesta de La Tramontana, que no es un viento simple como las gentes poco enteradas pudieran suponer, sino que se forma en el Canigó en lo más alto «del pic de Tretze Vents» y desciende al llano con el alarido de todos los fiscornes, clarinetes, tenoras y tiples de la cobia.

Quando este viento se avecina, el buen ampurdanés lo sabe ya. Se presagia su abvenimiento en «l'ull de Tramuntana», que es el espacio azul brillante exactamente localizado en la hendidura del «Coll de Panissars» o el Portus romano mismísimo por donde pasara Anibal con sus elefantes, el punto neurálgico de todas las invasiones. Sin necesidad de mirar al Norte, el habitante de estas latitudes presiente la Tramontana que se acerca por el tacto más suave que adquiere la frotación de las palmas de sus manos. Sí, el verdadero ampurdanés, cuando ésta llega, se frota las manos de júbilo, y el «Sabater d'Ordis», símbolo y carne viviente del extracto más pintoresco y racial del país, se levantaba al primer aviso, como electrizado. Su caña adquiría entonces en su mano una rotación vibrátil peculiar. Y sin esperar a que llegase la huésped le salía al encuentro en la parte alta de aquella Rambla barrida por el primer impulso, con un atributo de polvo y hojarasca de oro, claros como un incendio.

Si la corriente que sopla era el Poniente o el Cierzo, el buen hombre no se inmutaba lo más mínimo. Como el lunático que se debe a su astro votivo, el Zapatero se debía a su viento.

Sabido es que la Tramontana no sopla seguida o de un tirón (ni ella ni nosotros lo resistiríamos) sino que forma estrofas grandilocuentes y retóricas, separadas por una pausa, como las de un poema.

El «Sabater d'Ordis» erguido sobre el insospechado pedestal de su gloria futura, leía, con sus ojos claros de iluminado, en el pentagrama de un cielo sin nubes y adivinaba los silbidos con su caña, los captaba, se

adelantaba a ellos, los frenaba o les ponía sordina, amordazándolos a su antojo. Toda la cobla de «Tretze Vents» cantaba para él. Las «Bruixes de Llers» danzaban y Pep Ventura le inspiraba las melodías más inauditas. Toda la mitología olvidada, la pagania de los dioses de Ampurias se erguía y la comarca entera, rejuvenecida, volvía a sus mocedades de cuando el Cabo de Oro era dedicado a Afrodita y Astarté recibía culto frente de las Medas.

Debo hacer una confesión a mis lectores, a pesar de haber conocido y tratado a su tiempo al «Sabater d'Ordis», no se me hubiera ocurrido quizá profundizar su exégesis ni ahondar en sus ribetes de símbolo. Fué Salvador Dalí quien, en su terraza de Port-Lligat, donde las abejas anidan en pechos femeninos por él esculpidas, me habló de esta especie de «Noi de Tona» ampurdanés en términos obsesivos, asegurándome que el viejo Zapatero le va siguiendo los pasos, avivando sus sueños y adormeciendo sus nostalgias, entre el ajeteo de las avenidas neoyorquinas.

De pronto, un día de esos tocados por nuestro viento familiar, surgió delante de mis ojos atónitos, en toda su intensidad dramática, veraz y corpórea la figura enhiesta, un poco demacrada por la muerte, del «Sabater d'Ordis», y me di cuenta inmediatamente de toda la grandeza de su representación y el valor de su mensaje.

Imagino fácilmente al «Sabater d'Ordis», carne de poema y alma de ballet, danzando con el frenesí de su loca caña, dirigiendo como Eolo la gran orquesta del viento ampurdanés en los grandes escenarios internacionales, en graciosa pantomima, en cuanto un compositor de envergadura comprenda el grandioso tema y se encariñe con él.

Por de pronto, en torno a un velador de café de aquella Rambla, marco de sus piruetas, fué lanzada la idea de erigir por suscripción popular, a razón de una cuota única de cinco pesetas, al gran director, una estatua en un lugar alto de la ciudad y hasta el alcalde don Juan Bonaterra había elegido ya casi el terreno, quizá en la pintoresca y abigarrada planicie de «El Garrigal», para el emplazamiento de aquel Canta Tramontanas, genial e inolvidable.

No se moleste ningún informador espontáneo en proporcionarme la partida de nacimiento o tal o cual otro dato exacto referente a mi biografiado, porque los tipos de esta naturaleza no pertenecen ni a sí mismos y nuestro «Sabater d'Ordis» es ya mera fantasía y tema de arte puro, del público dominio de la creación y la leyenda.

**J O Y A S
RELOJES**

JOSÉ ANTONIO, 10

MIGUEL QUINTANA

FIGUERAS